

determina de la civilización mediterránea en la civilización oceánica. Por eso la providencia llamó su elegido para dilatar los mares y completar el planeta en su ciudad levantada en las orillas del Mediterráneo, atravesado por estelas de ideas luminosas que aun hoy resplandecen y sembrado de armoniosísimos escollos que aun hoy entonan el poema de la navegación. Homero, que fué autor de la epopeya del combate, la *Iliada*, fué también autor de la epopeya de la navegación, la *Odisea*. En tal concepto mueven fuerza é ira la una epopeya, mientras inteligencia y astucia la otra. Las divinidades mismas, á servicio de los esfuerzos por el combate y sus horrores en la primera epopeya, pónese á servicio de los esfuerzos del trabajo en la segunda. Vese allí todo aquello que destruye; vese aquí todo aquello que produce y crea. Neptuno airado significa el mar dispuesto á no dejarse por las quillas del navío herir, ni someter por el trabajo de seres tan despreciables como el hombre, cuando se le compara de algún modo con los espacios y con los horizontes indecibles é inmensos y con los abismos insondables y con los encrespamientos de sus ondas, que parecen levantarse, á extinguir las estrellas del cielo. Y las playas inhospitalarias donde Ulyses aborda; los escollos en que su esquife naufraga; los vientos, unas veces sueltos con furor y otras metidos en los odres con sumisión; aquellas sirenas que cantan suaves entre las sirtes y atraen hacia los abismos; aquellos cíclopes con resuellos de volcanes y hambre de antropófagos; el cielo, á cuyo soplo los vientos compiten con las nubes eléctricas; las

piedras que se desgajan sobre los mástiles y timones; las cavernas que se abren á una con bostezos terribles y se tragan las gentes; aquel empeño de Calipso en mantener cautivos á los arribados; la magia de Circe y sus compañeras empeñadas en retener con sus encantos y hechizos al extranjero apartado de su patria; todos estos obstáculos representan por maravillosa manera las insuperables dificultades por el mar opuestas al dominio de la navegación y al imperio del marino. Mucho se parece todo esto á cuanto refieren la tradición y la historia del empleo que diera Colón á sus facultades en aquel Mediterráneo sembrado de guerras entre Francia y España por el Rosellón; de guerras entre los postreros angevinos y los napolitanos; de guerras entre las naves genovesas y venecianas; de guerras entre Venecia y Turquía por el Peloponeso, guerras de verdaderos piratas, en que por todas partes, como una epidemia marítima, se desarrollaba el corso; en que infestaban terribles merodeadores las costas y las islas; en que los corsarios por las aguas se parecían á los condottieres por las tierras; en que los navegantes vencidos morían sobre la mar devorados por las llamas, ó de salvarse, quedaban tristemente condenados á pena mayor que la muerte, á perpetuo cautiverio, al remo y á la cadena eternos. Aunque las mocedades de Colón, después de bien examinadas todas las noticias referentes á ellas, con dificultad pueden certificarse de históricas, mezcladas como están de suyo con mil tradiciones desenvueltas y desarrolladas tras su gloria, y provenientes muchas del interés de los suyos ó de relatos adap-

tables á su vida y á sus trabajos, no puede negarse que perteneció al proceloso trabajo marítimo de su tiempo, en que las aguas solían encrespase así al soplo del huracán como al soplo del combate. Juan de Anjou, Duque de Calabria, lo llevó en las galeras expedidas para obtener el trono de Nápoles á Renato, Conde de Provenza. Y en estas expediciones empleó las dos grandes virtudes propias del marino, su valor y su astucia. El mismo Colón cuenta que, como Renato le mandase á Túnez en requerimiento y busca de la goleta *Fernandina*, y como cerca del *San Pedro*, en Cerdeña, la tripulación se le insurreccionase, queriendo constreñirle á dirigirse hacia Marsella, él, merced al crepúsculo y á sus sombras, cambió á hurtadillas su rumbo, y al amanecer encontráronse los rebeldes, contra su voluntad y sin presentirlo, frente al cabo de Cartagena. Por tanto, no debe parecernos mucho que navegara desde Chipre á Lisboa, y que al fin pasase, ya entrado en edad, por mil cuatrocientos cincuenta y cuatro, á los dominios de Portugal, nación muy consonante por aquel entonces con todas las propensiones de su compleción fisiológica y con todos los ensueños de su exaltada fantasía.

CAPITULO III

LA GLORIA DE COLÓN

A pesar de que parece Colón la gloria más incontestable de los humanos anales, ha sido una de las más contestadas. Aquellos que las echan de innovadores en erudición, creen el mayor de los méritos asequibles á su oficio la disputa sobre lo indisputable. Así hay quien atribuye al primer islandés con quien topa en las tradiciones náuticas de la vieja Escandinavia el descubrimiento de Colón, y quien al acaso de un triste naufragio sucedido en aguas lusitanas, estando por aquellas sus islas Colón, y al relato de un pobre náufrago dicho á la oreja de nuestro marino, en el punto y hora de las revelaciones supremas, en el punto y hora en que moría como consecuencia del naufragio y de sus trances amarguísimos. Acontece con esto igual que acontece con ciertos filósofos de la Historia, conjurados en su racionalismo cuasi matemático para demostrar que no hay nada en las doctrinas del Redentor de original y propio. El Verbo de San Juan pertenece á los alejandrinos; el Dios